

poblaciones del Imperio Bizantino y del Occidente germano-latino que poblaban tan amplios territorios.

JOSÉ SOTO CHICA

Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

GONZÁLEZ SALINERO, Raúl, *Infelix Iudaea. La polémica antijudía en el pensamiento histórico-político de Prudencio* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas – Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 2010), 183 pp. + 12 ilustr. ISBN: 978-84-00-09132-3.

Este nuevo libro del profesor González Salinero es una nueva vuelta de tuerca en el conocimiento del largo proceso histórico que antes y después del siglo IV —pero especialmente en el siglo IV— llevó a la Iglesia cristiana a salir de las catacumbas para vestir la púrpura imperial. El tema no es nuevo. Sobre la Iglesia triunfante, en el ámbito político más que religioso, se han escrito miles de páginas, cientos de monografías. La novedad, en esta ocasión, es que el discurso “sobre el poder cristiano” se articula a través de la obra poética de hispano Prudencio, poniendo el autor el acento en un aspecto que ha permanecido en segundo plano (y no ha sido suficientemente analizado) en las obras del poeta hispano: su subliminal discurso antijudío.

Aquí asistimos al desenmascaramiento de las ideas antijudías de Prudencio. En el orbe cristiano antiguo la poesía no es sólo poesía, como, de hecho, tampoco lo fue casi nunca en el mundo romano. Basta que nos fijemos en la época de Augusto y el papel que tuvieron los poetas áulicos en el sostén del nuevo régimen. Los odas de Horacio no son simple poesía, sino el retrato poetizado de una ideología; del mismo modo la poesía cristiana es un vehículo, uno más, en edificio de propaganda ideológica que levantaron los intelectuales cristianos contra el paganismo, contra la *no-christianitas* bárbara (pp. 118-124, sobre la idea de *barbaritas* en Prudencio). En esa pugna, el judaísmo era parte del paganismo, pero no sólo: era el enemigo *ab origine*, pues el judaísmo *es* la fuente del cristianismo. Una vez negada o transformada —yo diría traicionada— esa raíz

judía, los intelectuales cristianos tuvieron que hacer “encaje de bolillos” para, sin llegar a negar y reconocer sus orígenes judíos, levantar un discurso antijudío vehemente en el cual se manifiestan los abismales conceptos religiosos que el mundo cristiano cavó por su propio devenir histórico, casi desde sus principios segregado voluntaria y voluntariamente de los judíos por la predicación paulina. Los cristianos –los nuevos judíos, el Nuevo Israel– actúan coherentemente como tales cristianos al mostrar su anti-judaísmo. No podía ser de otro modo si los cristianos querían mantenerse obstinadamente coherentes en sus “incoherencias hebreas”. Como origen de ese odio parece estar, al menos así lo expresa Prudencio, el hecho de que los judíos “no solamente habían sido los culpables de la crucifixión del Señor, sino que, con su pertinaz incredulidad, agravaban y perpetuaban ese crimen execrable” (p. 43). La idea está machaconamente repetida en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea (II, 26, 2; II, 5, 1-6; III, 7, 1; III, 5, 6-7). “Los cristianos forzaron, mediante la distorsión del significado de determinados acontecimientos del pasado, la necesaria justificación de una supuesta sentencia divina por la que, a través de una oportuna correlación históricamente inexistente, el pueblo judío quedaba golpeado mortalmente al no haber aceptado a Jesús como Mesías” (p. 65). Esta historia falseada (o estas ideas, porque Prudencio no es historiador) se percibe claramente en las obras prudencianas tituladas *Apoteosis* (pp. 66-67) y *Contra Símmaco*.

Prudencio es un reaccionario, aunque culto y moderado, cuando arremete contra la libertad religiosa de los habitantes del Imperio romano, también contra la religión oficial... Y lo hace, inteligentemente, mediante la poesía, mediante la alegoría (en el fondo, la misma estrategia que utilizaba Jesús hablando en parábolas a su audiencia de incultos) para sembrar con bellas palabras mensajes llenos de perversa intolerancia. Prudencio sabe muy bien cuál es su audiencia: las clases privilegiadas del mundo rural: aquellos hombres que sabían leer pero no eran capaces de discernir entre mito y realidad, entre mentira y verdad, cuando el discurso viene envuelto en versos.

RGS recuerda, siguiendo a P. Allard (p. 17), que Prudencio “es producto de su tiempo”, que es lo mismo que decir nada. Todos los hombres, entonces y ahora, eran/somos, productos de nuestra época. Salvo que, con aquella expresión, Allard quisiera decir que justifica la “posición” moral e intelectual de Prudencio, puesto que era “la corriente dominante” y no podía sustraerse a ella. Claro que podía sustraerse a ella. Prudencio, como muchos otros poetas y apologistas (Prudencio no es más que un apologista que escribe en verso), era uno de esos tipos que apuesta a caballo ganador sabiendo que está trucada la carrera. En el siglo IV es mucho más heroico defender las tradiciones romanas seculares que sumarse a esta religión que, de forma verdaderamente maquiavélica, se había instalado en el corazón del Estado romano. Prudencio era un poeta “del régimen cristiano”, igual que antes lo fueron Horacio o Virgilio respecto al régimen augústeo, como he apuntado antes. En mi opinión, la calidad poética entre éstos y aquél no admite comparación; es insalvable. Pero el valor apologético y didáctico es similar. Los poetas, apologistas cristianos (esa especie de filósofos embarullados, de sofistas de la fe) no defendían un *status quo* político y civil, personalizado en la figura del emperador como jefe del Estado, sino que, imbuidos de la irracionalidad sin límites que es la religión cristiana, hablan en nombre mismo de (su) Dios. Se ven arropados, protegidos, iluminados, por él; y al mismo tiempo son sus servidores. Prudencio se define a sí mismo como un *poeta rusticus* al servicio de Dios.

Centrémonos en nuestro personaje. RGS nos traza en el primer capítulo (pp. 21-27) una biografía de Prudencio. Parece que nació en *Calagurris* – así se acepta generalmente– en el seno de una familia acomodada, como se desprende de la educación que recibiera en gramática y retórica. Y parece que ejerció como abogado y administrador de algunas ciudades, incluso logró algún puesto militar. Esta parte de la biografía del poeta (p. 23) resulta verdaderamente oscura; pero obtuvo el favor del príncipe (de Teodosio), convirtiéndose en *proximus*, es decir, amigo en sentido lato. Como indica el autor, “esta carrera responde a la imagen típica de un representante de la pujante aristocracia cristiana occidental de época tardoantigua que vive, apartada de toda responsabilidad política y dedicada

en muchos casos al cultivo de la religión y la literatura, en sus grandes *villae*” (p. 25), es decir, lo que hoy llamaríamos y super-rico ocioso que se arrima “a las más elevadas instancias del poder” (p. 27). Su vida intelectual (poética e ideológica) es fiel, es verdad, “a su origen y a su condición social” (p. 27), pero no puedo admitir que su obra refleje un “irrenunciable compromiso con unos valores culturales” heredados (p. 27). Creo, al contrario, que Prudencio reniega y traiciona continuamente de los valores culturales heredados: sus raíces culturales son el paganismo politeísta romano; las raíces de su cristianismo son judías. Contra ambas arremete con su intolerancia disfrazada de *poiesis*.

La obra de Prudencio no desafina en el concierto cristiano que venía distorsionando la Historia de la Salvación (ver aquí pp. 29-67). Un fautor de esa distorsión fue Eusebio de Cesarea –un buen ejemplo de historiador poco objetivo– que tuvo la genial idea de postular que “el pueblo judío era extraño –por no decir abiertamente contrario– a la Historia de la Salvación” (p. 33). Esto último, el concepto de *Historia de la Salvación* es, desde el punto de vista histórico y de la filosofía de la razón, la gran aberración que alimentó un perverso sentido de la historia y de la existencia que desarrollaron los cristianos y que descentró el sentido del papel del individuo en la historia para relegarlo –al hombre– a ser un juguete de los dioses, a permanecer sumisos a una idea mítica (Dios). La Historia había retrocedido mil años para volver a la idea homérica de la existencia.

Pero los cristianos más perspicaces no se olvidaron de que estaban en lucha, más que por su supervivencia, por afianzar los cimientos del poder político, de modo que no perdían oportunidad de mostrarse hostiles hacia los judíos, a ese Israel “duro espiritualmente”, es decir, firmes en sus principios religiosos, algo que para los cristianos no debía ser una virtud, pues, con el tiempo, éstos demostraron que les importaba muy poco apartarse del mensaje esencial de Jesús –pobreza, humildad, amor, perdón– para mostrarse adalides de la riqueza y de la intransigencia. Podríamos poner cientos de ejemplos en este sentido. El combate del judaísmo puede ser paradigma de esa intolerancia cristiana, como bien se estudia en este libro a propósito de la obra y de las ideas “antijudías” de Prudencio que,

como la mala hiedra, surgen allá y acullá. Sirvan como ejemplo los pasajes en los que Prudencio llama a los judíos “sordos y ciegos”, una sordera y ceguera espirituales (pp. 36-39), *carnales*, *infideles*, pérfidos, blasfemos y pecadores (pp. 44-47). Es una animadversión no disimulada que el poeta, como muchos otros intelectuales cristianos, incorporan sin vergüenza a su batería retórica.

Ya antes el Imperio romano, en cuyo seno nació el cristianismo, fue presentado por Orígenes –en su idea de la Providencia– como una especie de “escenario necesario” para la llegada de Cristo y “el marco” donde, no sin sufrimiento, es verdad, se levantó el edificio de la Iglesia Universal (*katholiké*) en el espacio del Imperio romano, desde Iberia a Oriente (p. 76). Con el triunfo del cristianismo se redefinieron algunos símbolos, como la capitalidad espiritual otorgada a Jerusalén (pp. 57-61) en detrimento de Roma (81-93), o la apropiación del simbolismo del *vexillum crucis* y el lábaro (pp. 93-99), o la construcción de nuevas teorías políticas (pp. 69-73), la principal de ellas la invención del concepto de *Christianus princeps* (pp. 100-106), inaugurado por Constantino, y seguido por los emperadores del siglo IV, excepto Juliano, destinatario por tanto de las iras de Prudencio, que se consolidaría definitivamente con Teodosio y los teodosianos (pp. 107-118). Éste es el tiempo de Prudencio. En él el Imperio romano asistió a la agonía del paganismo y al triunfo de la *Christianitas* que se superpone a la *Romanitas* como un traje nuevo puesto encima de un traje viejo. Debajo de este nuevo ropaje las otras religiones se asfixiaban hasta su casi disolución (el judaísmo) o morían de inanición (paganismo). En efecto, concluye RGS, “para el poeta calagurritano, la conversión del Imperio romano al credo cristiano y el triunfo definitivo de la Iglesia católica, representaba el anhelado cumplimiento de los planes divinos, dentro de los cuales no había sitio para todos aquellos que, asimilados ahora a los bárbaros, eran totalmente ajenos a la nueva *Romanitas*” (p. 128). Así, los triunfadores, los cristianos, se vengaban de los ‘pérfidos’ judíos (así los consideraban, entre otras lindezas, en su enrevesada construcción ideológica) mediante el insulto, la humillación, la condena. Curiosa forma de entender la misericordia y el amor, que es el eje del mensaje de Jesús.

El libro se cierra con una extensa bibliografía, incluyendo las ediciones y traducciones de la obra poética de Prudencio, una docena de ilustraciones muy oportunas, y unos índices temáticos, tan laboriosos a la hora de hacerlos pero que tanto agradecemos los lectores.

Ésta es una obra reflexiva que mueve a la reflexión, histórica, ideológica, moral; realizada con mimbres científicos de primer nivel (manejo exhaustivo de bibliografía; contraste de opiniones de autoridades) y escrita con claridad, con aportación de los textos prudencianos fundamentales. En fin, un trabajo que hay que tener muy en cuenta a la hora de estudiar la inveterada dialéctica y lucha que mantuvieron en el siglo IV paganos, judíos y cristianos: esos *tria corda*, tres corazones que, con sus contradicciones y enfrentamientos, mantenían viva la espiritualidad del Imperio romano, como dijo en su momento el maestro Arnaldo Momigliano.

SABINO PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

HAFSAAS-TSAKOS, Henriette – TSAKOS, Alexandros (eds.), *Connecting South and North. Sudan studies from Bergen in honour of Mahmoud Salih* (Bergen: University of Bergen – Unifob Global & Centre for middle Eastern and Islamic studies, 2009), 137 pp. ISBN: 978-82-7453-079-9

El libro que reseñamos ha sido concebido como un homenaje a Mahmoud Salih, un comerciante sudanés propietario de una extensa colección de libros sobre Sudán que fue depositada en la Universidad de Bergen el pasado año 2006. Dicho depósito supuso el reconocimiento de Mahmoud Salih al papel destacado que ha desempeñado en el ámbito de los estudios sudaneses un heterogéneo grupo de investigadores de dicha universidad a lo largo de estas cuatro últimas décadas. A este grupo pertenecen los autores de esta obra colectiva, mediante la cual pretenden devolverle este reconocimiento a su benefactor. A través de los nueve capítulos de que consta la obra, los autores se proponen llevar a acabo una puesta en valor de la labor del grupo presentando un ramillete de